

Bienvenida a Thompson Park

—Gilly —dijo la señorita Ellis, sacudiendo sus largos cabellos rubios hacia la pasajera del asiento de atrás—, necesito saber que estás dispuesta a hacer un pequeño esfuerzo.

Galadriel Hopkins desplazó el chicle hacia la parte anterior de la boca y empezó a soplar suavemente. Sopló hasta que apenas podía percibir ya, a través del globo color de rosa, el contorno de la cabeza de la asistente social.

—Éste será tu tercer hogar en menos de tres años. —La señorita Ellis sacudió su melena rubia de izquierda a derecha y a continuación empezó a girar el volante hacia la izquierda, en una cuidadosa maniobra.

—No seré yo quien diga que ha sido todo culpa tuya. El que los Dixon se trasladaran a Florida, por ejemplo. Simplemente, mala suerte. Y el que la señora Richmond tuviera que ingresar en el hospital —a Gilly le pareció advertir una pausa larga y pensativa antes de que la asistente social prosiguiera— a causa de sus nervios.

¡Paf!

La señorita Ellis dio un respingo y lanzó una mirada al retrovisor, pero siguió hablando con su voz serena y profesional mientras Gilly recuperaba los trocitos de chicle que tenía pegados en sus cabellos desaliñados, en las mejillas y en el mentón:

—Deberíamos habernos informado mejor acerca de su estado de salud antes de concederle la tutoría. Fui yo quien debía haberme informado mejor.

“¡Diablos! —pensó Gilly—. Aquella mujer se lo estaba tomando en serio de verdad. ¡Qué paliza!”.

—No intento echártelo en cara. Es sólo que necesito, que todos necesitamos, tu cooperación para que esto vaya adelante —otra pausa—. No puedo imaginar que a ti te guste todo este trajín de acá para allá —los ojos azules en el retrovisor comprobaban la reacción de Gilly—. Pero esta madre adoptiva es muy diferente de la señora Nevins.

Tranquilamente, Gilly desprendió con dos dedos una bolita de goma de mascar que tenía en la punta de la nariz. Era inútil pretender arrancar el chicle pegado al pelo. Se recostó en el asiento e intentó mascar el trozo que había logrado rescatar. Se le pegaba a los dientes en una delgada capa. Del bolsillo de los jeans sacó otra bola de chicle, quitándole la pelusa con la uña del pulgar antes de metérselo en la boca con mucha ceremonia.

—Hazme un favor, Gilly. Procura empezar con buen pie, ¿de acuerdo?

Gilly se imaginó a sí misma haciendo piruetas por la sala de estar de su casa adoptiva sobre un solo pie, como una patinadora sobre hielo. Con el otro pie estaba dándole en plena boca a la próxima madre adoptiva. Paladeó su nueva ración de chicle con fruición.

—Y hazme otro favor, ¿quieres? ¿Puedes deshacerte de ese chicle antes de que lleguemos allí?

Complaciente, Gilly sacó el chicle de la boca mientras los ojos de la señorita Ellis permanecían fijos en el retrovisor. Luego, cuando la asistente social desvió de nuevo su atención hacia el tráfico, Gilly extendió el chicle cuidadosamente en la parte inferior de la manivela de la puerta izquierda, una sorpresa pegajosa para la próxima persona que fuera a abrirla.

Dos semáforos más allá la señorita Ellis pasó hacia el asiento posterior una toallita de papel.

—Toma —le dijo a Gilly—, mira a ver si puedes hacer algo con esa porquería que tienes en la cara antes de que lleguemos.

Gilly se pasó apresuradamente el pañuelito mojado por la boca y seguidamente lo dejó caer en el suelo.

—Gilly... —suspiró la señorita Ellis, manipulando el elegante cambio de marchas de su coche—, Gilly...

—Mi nombre —dijo Gilly entre dientes— es Galadriel.

La señorita Ellis pareció no haber oído.

—Gilly, le darás una pequeña oportunidad a Maime Trotter, ¿verdad que sí? Es realmente una persona encantadora.

“Pues entonces sí que estamos fritos”, pensó Gilly. Al menos nadie había acusado al señor o a la señora Nevins, sus padres adoptivos más recientes, de ser “encantadores”. La señora Richmond, la que estaba mal de los nervios, también había sido declarada “encantadora”. La familia Newman, que no podía tener en su casa a una niña de cinco años que se hacía pis en la cama, también era “encantadora”. “Bien, ya tengo once años, amigos, y por si no se han enterado aún, ya no me hago pis en la cama. Pero no soy encantadora. Soy un genio. Me conocen a lo largo y ancho del país. Nadie quiere líos con la gran Galadriel Hopkins. Soy demasiado espabilada y difícil de controlar. La horripilante Gilly, me llaman”. Se apoyó cómodamente en el respaldo. “Aquí vengo, Maime, muñeca, estés preparada para ello o no.”

Habían llegado a una zona de altos árboles y casas viejas. La asistente social aminoró la marcha y paró el coche junto a una cerca de color blanco bastante sucia. La casa que circundaba era vieja y de color pardo, con un porche que daba a la casa un cierto aspecto panzudo.

De pie en el porche, y antes de llamar al timbre, la señorita Ellis sacó un peine.

—¿Por qué no pruebas a pasarte esto por el pelo?

Gilly sacudió la cabeza:

—No puedo.

—Vamos, Gilly...

—No, no puedo peinármelo. Voy por el récord mundial de no peinarse el pelo.

—Gilly, por el amor de Dios...

—¡Eh, hola! Ya me parecía a mí que se paraba un coche. —La puerta se había abierto, y una mujer grande como un hipopótamo ocupaba toda la entrada—. Bienvenida a Thompson Park, Gilly, cariño.

—Galadriel —murmuró Gilly, aunque no tenía esperanzas de que aquel barril de grasa fuera capaz de pronunciar su verdadero nombre—. “¡Caray, tampoco hacía falta que la colocaran con semejante fenómeno de feria!”.

La mitad de una cara diminuta, rematada por una cabellera de color marrón fangoso, y enmascarada tras unas gruesas gafas de marco metálico, asomaba detrás de la cadera gigantesca de la señora Trotter.

La mujer miró hacia abajo:

—Ay, perdona, vida mía. —Rodeó la cabeza con el brazo como para atraerla hacia adelante, pero la cabeza se resistía—. Quieres conocer a tu nueva hermanita, ¿no? Gilly, éste es William Ernest Teague.

La cabeza desapareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de la masa de la señora Trotter. Esto no pareció preocuparla:

—Pasa, pasa. No te quedes ahí en el porche como si fueras a venderme algo. Ahora estás entre los tuyos.

—Retrocedió por el pasillo. Gilly podía sentir en la espalda los dedos de la señorita Ellis, que la empujaban suavemente hacia la puerta y dentro de la casa.

El interior estaba oscuro y atiborrado de trastos. Aquello pedía a gritos que se pasara un plumero.

—William Ernest, cielo, ¿quieres enseñarle a Gilly dónde está su habitación?

William Ernest, negando con la cabeza, se agarró a la bata estampada de la señora Trotter.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Les condujo por el pasillo hasta la sala de estar—. Y ahora siéntate, que estás en tu casa. —Dedicó a Gilly una sonrisa tan ancha como su cara, como en los anuncios sobre métodos para adelgazar donde aparecían dibujados un “antes” y un “después”; un cuerpo de “antes” con una sonrisa de “después”.

El sofá era marrón y bajo, con un montón de cojines apilados en un extremo y cubiertos de encaje grisáceo. En la parte opuesta de la habitación se veía un sillón desvencijado, también de color marrón, que hacía juego con el sofá. De la única ventana, situada entre ambos muebles, pendían unas cortinas de encaje gris; junto a la ventana había una mesa negra, y sobre ella descansaba un televisor antiguo con antena en forma de V. En casa de los Nevins tenían televisión a color. En la pared de la derecha, entre la puerta y la butaca, había un piano vertical con un polvoriento banco de color marrón. Gilly

tomó uno de los cojines del sofá y con él borró hasta el último rastro de polvo antes de sentarse en el banco.

Desde el sillón los ojos de la señorita Ellis se clavaban en ella con una mirada furibunda y poco profesional. La señora Trotter aposentaba lentamente su mole sobre el sofá y asentía con una risita:

—Bueno, ya nos hacía falta tener por aquí a alguien que cambiara un poco de sitio el polvo, ¿verdad, William Ernest, cielo?

William Ernest, encaramándose en el sofá, se tumbó tras la espalda de la enorme mujer como si fuera una almohada, asomando la cabeza de vez en cuando para lanzar una mirada furtiva hacia Gilly.

Gilly aguardó a que la señora Trotter y la señorita Ellis estuvieran hablando, y entonces, mirando al pequeño W. E., puso la cara más espantosa de todo su repertorio de miradas horripilantes, una especie de combinación del conde Drácula y Frankenstein. La pequeña cabeza de pelo fangoso desapareció más deprisa que el tapón de un tubo de dentífrico al colarse por el desagüe de un lavabo.

Gilly no pudo contener una risita. Las dos mujeres se volvieron para mirarla. Adoptó inmediatamente y sin dificultad su expresión de “¿Quién, yo?”

La señora Ellis se puso de pie:

—Tengo que volver a la oficina, señora Trotter. Ya me avisará... —se volvió hacia Gilly con dardos en sus

grandes ojos azules—, me avisará si surge algún problema, ¿verdad?

Gilly obsequió a la señorita Ellis su mejor sonrisa de tiburón.

Entretanto la señora Trotter se izaba penosamente sobre los pies.

—Usted no se preocupe, señorita Ellis. Gilly, William Ernest y yo casi somos amigos ya. Mi pobre Melvin, que en paz descanse, siempre decía que para mí no había ningún extraño, y si hubiera dicho ningún niño extraño, habría llevado todavía más razón. Nunca he conocido una criatura con la que no haya hecho buenas migas.

Gilly no había aprendido aún a vomitar adrede, pero de haber sido así le habría encantado devolver al oír aquello. Así pues, como no podía dar la respuesta que la situación requería, levantó las piernas y, girando sobre el asiento del piano hasta quedar de cara al teclado, empezó a aporrear una tonada con la mano izquierda y otra diferente con la derecha.

William Ernest bajó gateando del sofá para seguir a las dos mujeres, y Gilly se quedó sola con el polvo, el piano desafinado y la satisfacción de haber empezado realmente con buen pie en su nuevo hogar. Podía aguantar cualquier cosa, se dijo, una tutora como una ballena, un niño estrafalario y una casa fea y sucia, con tal de mandar ella.

Y ya había iniciado adecuadamente el camino.

El hombre que viene a cenar

La habitación a la que la señora Trotter condujo a Gilly era aproximadamente del tamaño del coche furgoneta nuevo de los Nevins. La estrecha cama llenaba gran parte del espacio, e incluso una persona tan delgaducha como Gilly tenía que arrodillarse sobre la cama para poder abrir los cajones de la cómoda que había enfrente. La señora Trotter ni siquiera intentó entrar, sino que se quedó en el umbral de la puerta sonriendo y meciéndose de un lado para otro, resollando aún después de subir la escalera.

—¿Por qué no metes tus cosas en la cómoda y te instalas? Y luego, cuando te apetezca, bajas a ver la tele con William Ernest o a charlar conmigo mientras preparo la cena.

“Qué sonrisa tan horrible tiene”, pensó Gilly. “Hasta le faltan dientes”. Gilly dejó caer la maleta sobre la cama y se sentó al lado, golpeando con los pies los cajones de la cómoda.

—Si necesitas algo, cariño, se lo dirás a Trotter, ¿de acuerdo?

Gilly sacudió bruscamente la cabeza asintiendo. Lo que de veras necesitaba era que la dejaran sola. Desde las entrañas de la casa le llegaba la canción del programa Plaza Sésamo. Su primera misión sería mejorar los gustos de W. E. en materia de televisión. De eso no le cabía la menor duda.

—Todo irá bien, cariño. Sé que ha sido duro para ti estar siempre de un lado para otro.

—Me gusta moverme —Gilly tiró de uno de los cajones de arriba con tanta saña que estuvo a punto de caérsele sobre la cabeza—. Es aburrido estar siempre en el mismo sitio.

—Ya. —La enorme mujer empezó a volverse y luego titubeó—. Bueno...

Gilly se deslizó de la cama, plantó la mano izquierda sobre la perilla de la puerta y la mano derecha sobre la cadera.

La señora Trotter bajó la mirada hacia la mano derecha apoyada en la empuñadura de la puerta.

—Bueno, desde ahora estás en tu casa. ¿Me oyes?

Gilly cerró la puerta tras ella de un portazo. ¡Santo Dios! Escuchar a aquella mujer era como lamer una paleta derretida. Comprobó con el dedo la consistencia de la capa de polvo sobre la cómoda y a continuación, poniéndose en pie sobre la cama, escribió en enormes

letras cursivas con volutas y florituras: “Señora Galadriel Hopkins.” Contempló las preciosas letras que acababa de trazar antes de plantar la mano sobre ellas y borrarlas por completo.

La casa de los Nevins era cuadrada, blanca y sin polvo, como todas las demás casas cuadradas, blancas y sin polvo de la urbanización desprovista de árboles en que vivían. Ella, Gilly, había sido el único elemento perturbador en aquel lugar. Bien, pues ahora Hollywood Gardens estaba impecable de nuevo; se habían librado de ella. No, en realidad ella se había librado de ellos, de toda aquella gente asquerosa.

A Gilly siempre le había parecido una pérdida de tiempo sacar sus escasas pertenencias de la maleta marrón. Nunca sabía si iba a estar en un sitio el tiempo suficiente como para que valiera la pena hacer aquel trabajo. Aunque por otra parte era una forma de pasar el rato. Había dos pequeños cajones arriba y cuatro más grandes abajo. Puso la ropa interior en uno de los pequeños, y las camisas y jeans en uno de los grandes; luego tomó la fotografía del fondo de la maleta.

Los ojos marrones de la mujer reían como siempre desde la fotografía con marco de cartón y a través de la cubierta de plástico. El pelo moreno y brillante caía suavemente ondulado, sin un solo cabello fuera de lugar. Parecía una estrella de televisión, pero no lo era. Mira. Justo aquí en la esquina había escrito: “Para mi preciosa

Galadriel, siempre te querré”. “Eso lo escribió para mí”, se dijo Gilly, como cada vez que miraba la foto. “Para mí sola”. Dio la vuelta al marco. Aún estaba allí el trocito de cinta con aquel nombre escrito: “Courtney Rutherford Hopkins.”

Gilly alisó sus propios cabellos de color pajizo con una mano mientras giraba de nuevo la fotografía. Hasta los dientes eran hermosos. ¿No tenían que parecerse las hijas a sus madres? La palabra “madre” provocó en Gilly una reacción en la boca del estómago, y como conocía bien aquella señal de peligro, metió bruscamente la foto debajo de una camiseta y cerró de golpe el cajón de la cómoda. No era el momento indicado para empezar a derretirse como gelatina caliente. Se fue para abajo y entró en la cocina.

—Ah, estás ahí, cariño —Trotter volvió la cabeza desde el fregadero para saludarla—. ¿Qué tal si me echas una mano con esta ensalada?

—No.

—Oh.

Uno a cero a favor de Gilly.

—Bueno... —Trotter desplazó el peso de su cuerpo al pie izquierdo, los ojos fijos ahora en las zanahorias que estaba raspando—. William Ernest está en la sala de estar viendo *Plaza Sésamo*.

—¡Diablos! Se debe de creer usted que estoy oligo o algo así.

—¿Oligo? —Trotter fue hasta la mesa de la cocina y empezó a cortar las zanahorias sobre una pequeña tabla redonda.

—Lela, idiota.

—Jamás me pasó por la cabeza.

—Entonces, ¿por qué demonios cree que voy a querer ver un programa para retrasados mentales como ese?

—Escúchame bien, Gilly Hopkins. Desde ahora mismo, que quede bien claro: no permitiré que te burles de ese chico.

—Si no me burlaba de él. —¿De qué estaba hablando aquella mujer? No había mencionado al chico para nada.

—El que una persona no sea tan espabilada como tú no te da ningún derecho a despreciarla.

—¿Y a quién he despreciado yo, si puede saberse?

—Acabas de decir —la gorda iba levantando la voz, y el cuchillo que tenía en la mano caía vengativamente sobre las zanahorias—, acabas de decir que William Ernest —su voz bajó de tono hasta convertirse en poco más que un susurro— es un retrasado mental.

—¡Qué va! Si ni siquiera conozco al mocoso ese. No lo había visto en mi vida hasta hoy.

Los ojos de Trotter aún centelleaban, pero su mano y su voz estaban bajo control.

—Ha tenido una vida muy difícil, pero ahora está con Trotter, y mientras el Señor quiera que permanezca

en esta casa, no permitiré que nadie le haga daño. En ningún sentido.

—Santo Dios... sólo trataba de decir...

—Y otra cosa más. En esta casa no se toma el nombre de Dios en vano.

Gilly levantó los brazos como si se rindiera.

—De acuerdo, de acuerdo. Olvídelo. —Comenzó a caminar hacia la puerta.

—La cena está ya casi lista. ¿Por qué no vas a la casa de al lado a buscar al señor Randolph? Cena aquí por las noches.

La palabra *No* estuvo a punto de escaparse de los labios de Gilly, pero una sola mirada a los ojos de Trotter la decidieron a conservar sus fuerzas para un enfrentamiento más importante.

—¿Qué casa es? —preguntó.

—La gris, a la derecha. —Hizo un vago movimiento con el cuchillo, señalando cuesta arriba—. No tienes más que llamar a la puerta. Si lo haces bien fuerte te oirá. Será mejor que te pongas una chamarra. Hace frío afuera.

Gilly no hizo caso del consejo. Salió corriendo, cruzó la verja de estacas puntiagudas y llegó al porche de la casa vecina, saltando y sacudiendo los pies para conservar el calor. *Bam, bam, bam*. Hacía demasiado frío para ser el mes de octubre. La casa del señor Randolph era más pequeña y parecía más sucia aún que la de Trotter. Volvió a llamar.

De repente la puerta se abrió y apareció un hombre diminuto y encogido. En la cara color marrón y llena de arrugas, unos extraños ojos blanquecinos la miraban fijamente.

Gilly lo miró una sola vez y volvió a todo correr a la cocina de Trotter.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el señor Randolph?

—No lo sé. Se ha ido. No está ahí.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que no está? —Trotter empezó a secarse las manos en el delantal y a caminar hacia la puerta.

—Se ha marchado. Me abrió la puerta un hombrecillo negro y muy raro, con los ojos blancos.

—¡Gilly! Ése era el señor Randolph. Es ciego. Tienes que volver allí y traerle del brazo para que no se caiga.

Gilly rezongó.

—Nunca en mi vida toqué a uno de esos.

—Bueno, pues ya va siendo hora, ¿no? —respondió Trotter secamente—. Claro que si no te atreves, siempre puedo mandar a William Ernest.

—Sí que me atrevo. No se preocupe por mí.

—Debes haber dejado al señor Randolph todo desconcertado y ofendido.

—Pues tendría que haberme avisado.

—¿Avisarte a ti? —Trotter golpeó la mesa con una cuchara—, ¡debería haber avisado al pobre señor Randolph! ¿Quieres que mande a William Ernest?

—Ya dije que lo haría yo. ¡Jesús! —Apenas hubo hablado, la cuchara de Trotter se alzó en el aire como un matamoscas—. Bueno, bueno, no he dicho nada. Demonios, no se puede ni abrir la boca por aquí.

—Una chica lista como tú tendría que ser capaz de idear algunas palabras normales para meter entre las palabrotas. —La cuchara se enterró en la ensalada y empezó a removerla—. Bueno, date prisa, si es que vas a ir.

El hombrecillo negro aún estaba allí en el portal abierto.

—¿William Ernest? —interrogó con voz apacible mientras Gilly comenzaba a subir los escalones.

—No —repuso ésta bruscamente—. Soy yo.

—Ah. —Esbozó una amplia sonrisa aunque sus ojos no parecían moverse—. Debes ser la niña nueva —dijo, extendiendo la mano derecha—. Bienvenida, bienvenida.

Con cierta precaución, Gilly le tomó del codo y no de la mano.

—Trotter me mandó a buscarle para la cena.

—Ah, pues gracias, gracias. —Tendió la mano tras de sí, tanteando torpemente hasta encontrar el pomo de la puerta y cerrándola—. Hace fresquito esta noche, ¿verdad?

—Psé.

No podía pensar más que en la señora Ellis. Tenía que reconocer que no se había portado muy bien en casa

de los Nevins, pero no tan mal como para merecerse esto. Una casa llevada por una fanática religiosa gordísima con la cabeza llena de aserrín, con un retrasado de siete años. Bueno, tal vez lo fuera y tal vez no, pero no sería nada extraño que tuviera algún tornillo suelto. ¿O por qué si no Trotter había de tomarse tan a pecho aquel tema? De todas maneras podría haber manejado a aquellos dos; pero si encima tenía que vérselas con el negro ciego que venía a cenar... aquello sí que era injusto.

Tal vez fuera que la señorita Ellis no lo sabía y Trotter lo mantenía en secreto.

La acera era desigual. El señor Randolph dio un traspiés al llegar a un bordillo muy alto y se precipitó hacia adelante.

—¡Cuidado! —Sin pensar, Gilly lanzó los brazos alrededor de los flacos hombros, pescándolo antes de que cayera al suelo.

—Gracias, gracias —dijo el hombre negro. Gilly dejó caer los brazos. Durante un espantoso momento Gilly temió que la iba a tomar de la mano, pero no lo hizo.

¡Demonios! señorita Ellis, va a arrepentirse de haberme hecho esto. ¡Vaya que sí!

—La señora Trotter me dijo tu nombre, pero me avergüenza reconocer que no soy capaz de recordarlo. —Se dio una palmadita en la cabeza cubierta de pelo gris, corto y rizado—. Aquí dentro consigo retener todas las cosas superfluas, pero nunca las importantes.

—Gilly —murmuró.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Gilly Hopkins.

—Ah, sí. —Subía la escalera de casa de Trotter arrastrando los pies torpe y penosamente. ¿Por qué no usaría un bastón blanco o algo así?—. Estoy encantado de haberla conocido, señorita Gilly. Soy muy amigo de todos los niños de la señora Trotter. El pequeño William Ernest es como un nieto para mí. Así que estoy seguro...

—¡Ojo con la puerta!

—Sí, sí, muchas gracias.

—¿Es usted, señor Randolph? —llegó la voz de la Trotter desde el interior de la casa.

—En efecto, señora Trotter, y con la guía más encantadora que pueda usted imaginarse.

Trotter apareció en el pasillo con los brazos en jarras.

—¿Y cómo le sienta este tiempo tan frío? —preguntó.

—No muy bien, me temo. Esta encantadora muchacha tuvo que impedir que me cayera de narices.

—Conque sí, ¿eh?

—¿Lo ves, Trotter? Lo conseguí.

—Apuesto a que esta vieja casa va a animarse un poco más ahora. ¿Verdad, señora Trotter?

—No me extrañaría —contestó Trotter con un tono inexpresivo que Gilly no consiguió descifrar.

La cena transcurrió sin incidentes. Gilly tenía hambre, pero consideró que no debía mostrar mucho entu-

siasmo por la comida. William Ernest comía en silencio y maquinalmente, lanzando sólo de vez en cuando una mirada hacia Gilly. Ésta se percataba de que el niño sentía verdadero terror por ella. Eso era más o menos lo único que le había causado satisfacción en las últimas dos horas. No había duda de que a la larga el poder sobre el niño le proporcionaría un medio de dominar a la Trotter.

—Debo confesar, señora Trotter —dijo el señor Randolph—, que cada día me digo: la cena de hoy no podrá ser tan maravillosa como la de anoche. Pero puedo asegurarle que esta es la comida más deliciosa que haya tenido el privilegio de probar.

—Señor Randolph, usted con sus halagos sería capaz de hacer que un desgraciado se sintiera un príncipe.

El señor Randolph soltó una risita.

—No es así, señora Trotter, se lo aseguro. William Ernest y la señorita Gilly pueden dar fe a mis palabras. Puede que sea viejo, pero no he perdido el paladar, aunque algunos digan que he perdido los otros cuatro sentidos.

Y así siguieron largo rato. El señor Randolph adulaba a la gorda, y la gorda se lo tragaba todo relamiéndose, como si los halagos fueran un helado de caramelo cubierto de nueces.

Lo que tendría que hacer es escribir a mi madre —pensó Gilly aquella noche, acostada ya en su estrecha cama con los brazos cruzados bajo la cabeza—. Seguro que

Courtney Rutherford Hopkins pondría una demanda judicial a la protección de menores del distrito si supiera a qué clase de sitio habían obligado a ir a su hija.

La señorita Ellis (cuyas cejas se fruncían siempre que Gilly hacía preguntas acerca de Courtney) le dijo una vez que su madre era de Virginia. Todo el mundo sabía que en las familias como la de Courtney no se sentaba una a la mesa con negros, ¿no es así? Seguro que Courtney se pondría furiosa si se enterara; a la santurrón de la Trotter tal vez la meterían a la cárcel por complicidad en la corrupción de una menor. Y a la señorita Ellis, por supuesto, la pondrían de patitas en la calle. ¡Fantástico!

Y entonces, claro está, ella vendrá a buscarme —siguió pensando Gilly—. Su madre, en cuanto se enterara, no toleraría que su preciosa Galadriel pasara un solo instante más en un tugurio como aquel. ¿Pero cómo iba a enterarse? La señorita Ellis no admitiría nunca la verdad. ¿Qué clase de mentiras estaría contándole a Courtney la asistente social para impedir que viniera a buscar a Gilly?

Mientras el sueño iba apoderándose de ella, Gilly se hizo por milésima vez la promesa de enterarse de dónde estaba Courtney Rutherford Hopkins para escribirle y decirle que viniera a recoger a su maravillosa Galadriel.